

REPERCUSIONES DE LA DINAMICA POBLACIONAL BRASILEÑA EN LO ECONOMICO-SOCIAL

Paul Singer

(Centro Brasileiro de Analise
e Planejamento, CEBRAP)

EFFECTS OF THE BRAZILEAN POPULATION DYNAMICS ON ECONOMIC-SOCIAL ASPECTS

SUMMARY

This paper covers two principal aspects: In the first part, the author analyzes the dynamics of the population of Brazil and its relationships with the process of economic development of the country.

Regarding the dynamics of the Brazilian population, three stages are defined: the first, until 1930, marked by foreign migration, which made possible the first expansion of the industrialization of the country. The second, characterized by high natural growth, internal migrations and greater industrial development. The third, just initiated, distinguished by the decrease of natural growth due to the fertility decline, more rapid than that of mortality.

Secondarily, the author analyzes the evolution of the social structure of Brazil, mainly that of the agricultural and urban labor force. He also briefly examines the real participation of the working class in the benefits of the economic development.

1. Economía y población

Es corriente, en el análisis económico, considerar la dinámica poblacional como un factor exógeno, que influye la evolución de la economía más de lo que es influida por ésta. Este concepto no es, ciertamente, un enfoque adecuado para comprender la relación entre economía y población, en el caso de países como el Brasil. Es que la evolución de nuestra economía está lejos de haber sido autónoma. Desde su descubrimiento y colonización hasta la gran crisis y depresión de los años treinta, las grandes líneas de nuestra evolución económica han sido propuestas desde fuera hacia adentro. En los tiempos de la colonia, este aspecto de la historia brasileña era obvio y explícito. Después de la Independencia, formalmente consumada a partir de 1822, el carácter reflejo de nuestra

evolución se mantuvo: la demanda externa suscitó el ciclo nuevo del azúcar, el ciclo del café, el del algodón y del cacao, y también el del caucho. Bajo la influencia de esta demanda externa y con recursos y técnicas, en parte por lo menos, venidos del exterior, se abrieron nuevos territorios a la ocupación humana, construyéronse ciudades, puertos, vías férreas, se establecieron líneas de navegación, se trajeron esclavos desde Africa y, más tarde, inmigrantes de Europa. La dinámica de la población brasileña "resultó", en gran parte, de esta dinámica económica inducida del exterior. Por eso sería vano buscar sus implicancias económicas, ya que en buena parte los movimientos de población fueron "producidos" teniendo en vista objetivos económicos explícitos.

Antes que nada, es necesario entender que el Brasil fue una colonia que necesitó ser "poblada", al contrario de lo que ocurrió en la mayor parte de los demás países de América Latina. No obstante que el territorio de lo que más tarde sería el Brasil no estaba despoblado cuando los europeos llegaron por primera vez, la esclavitud, las epidemias y las masacres acabaron casi por exterminar a los nativos, de manera que para que el colonizador pudiese aprovechar los recursos naturales, requería contar, sin embargo, con mano de obra para su explotación. De ahí que se tornara indispensable que el designio colonial necesitara no sólo de una política económica, sino también de una política de población. Si el colonizador quería en el Brasil productos como azúcar u oro, tenía antes que nada que "crear" mano de obra para los ingenios y las minas. El arte de la colonización consistía, fundamentalmente, en lo siguiente: poblar el territorio con una población que estuviera sujeta a cumplir los designios del colonizador. La solución del enigma, como nadie lo ignora, fue la esclavitud, inicialmente del indígena y después del africano. Pero la esclavitud, como toda forma de trabajo forzado, exige como contrapartida una población libre, que asegure la mantención del cautiverio contra la siempre esperada rebeldía de los cautivos. La potencia colonizadora fue obligada entonces a poner en práctica un programa de libre inmigración, conjuntamente con la importación de esclavos. Esto último dependía de lo primero, en la medida en que el aumento del número de cautivos requería, a su vez, un aumento análogo de hombres libres, de manera que la proporción entre ambas poblaciones no sufriera alteraciones que pusieren en peligro la estabilidad del sistema. Fue por eso que en cualquiera de las provincias brasileñas fuese raro que la población esclava superase a la libre.

Podría pensarse que el problema de poblar dominara la dinámica de la población brasileña sólo mientras la inmigración del exterior desempeñó un importante papel en el crecimiento de la población del Brasil, o sea, hasta más o menos 1930. Sucede, entre tanto, que, aun después, el desarrollo de la economía continuó resintiéndose en la escasez de fuerzas de trabajo en aquellas áreas donde se concentraron las actividades económicas. Para superar este inconveniente, fue necesario que el

crecimiento vegetativo de la población se acelerase y que, a su vez, fuese continuamente redistribuido en el territorio. No hay ninguna exageración en decir que las migraciones internacionales fueron "sustituidas" por las migraciones internas desde 1930. Si el inmigrante europeo constituye la fuerza de trabajo que construyó la economía cafetera de Sao Paulo y posibilitó la primera expansión de la industrialización del país (1890-1920), el emigrante del noreste y sobre todo el del este (Minas Gerais y Bahía), limpió el norte del Paraná, hacia donde se transfirió buena parte del cultivo del café, y posibilitó el consiguiente auge industrial.

Entre la migración interna y el crecimiento vegetativo existe una relación que no puede ser desconocida. Es un hecho que ningún estado disminuyó su población por causa de la emigración, lo que indica que los movimientos migratorios comprenden sólo parte del aumento vegetativo de la población. Es posible interpretar el crecimiento demográfico, aún en las áreas de menor desarrollo económico, como prueba de una insuficiente movilidad espacial de la población, teniendo presente la preponderancia del producto. Pero, dada la estructura social vigente, es dudoso que los flujos de migración interna hubieran sido los mismos si el crecimiento vegetativo de la población no se hubiera acelerado, presumiblemente a contar de 1930. Si, suponiendo que la mortalidad no hubiera disminuido desde 1930 ó que la fecundidad hubiese disminuido también, de manera que el crecimiento vegetativo se mantuviera a un ritmo no reducido, los flujos migratorios habrían producido el agotamiento demográfico de extensas regiones del país, de Minas Gerais hasta Maranhão, con el consiguiente aniquilamiento de sus economías. Es fácil ver que esta implicación económica de las migraciones internas habría sido *políticamente* insoportable. En otras palabras, la política de industrialización mediante la sustitución de importaciones, puesta en práctica desde 1930, no habría sido posible si ella implicase *destrucción* (y *no estancación*, como lo implicó) de las economías regionales del Este y del Noroeste. Para que se tenga una idea de la magnitud de estas migraciones, basta mencionar que en 1970 el censo demostró que el 19,7 por ciento de los mineros se encontraban fuera de su estado natal, el 11,6 por ciento de los bahianos y el 11,5 por ciento de los cearenses, etc.

Para verificar cuán imprescindible fue el crecimiento vegetativo para el aumento del flujo migratorio entre estados, basta examinar lo que habría ocurrido si la población de los estados de emigración no hubiesen crecido vegetativamente, digamos de 1940 en adelante. Minas Gerais, por ejemplo, tenía entonces 7,7 millones de habitantes. Si la emigración hubiese ocurrido, como de hecho sucedió en los 30 años siguientes, habría 2,8 millones de mineros, o el 36,4 por ciento de toda la población, viviendo fuera del estado en 1970. El mismo raciocinio lleva a concluir que la población residente en Ceará disminuiría entre 1940 y 1970 en un 27 por ciento, la de Bahía en un 25,1 por ciento y la de

Pernambuco en 23,9 por ciento. La hipótesis es claramente inverosímil y su inverosimilitud prueba que el *tamaño* de los flujos de migración interna, que posibilitaron el desarrollo económico del país en los últimos 50 años, dependió, en buena parte, del crecimiento vegetativo de la población, por lo menos en los estados de emigración. Es también obvio que si la población no hubiera aumentado en los estados de inmigración, sobre todo en Sao Paulo, Paraná y Guanabara, habrían sido necesarios flujos de migración interna aún mayores.

Mortara estimó una disminución continua de la mortalidad en el Brasil, de 1870 a 1920. Esta disminución, sin embargo, fue lenta: la tasa bruta de mortalidad descendió de menos de un tercio en 50 años y, en el período 1920-1940, volvió a subir al nivel estimado para 1900-1905. Para el período posterior a 1940, los datos referentes a las capitales de los estados señalan un descenso mucho más rápido de la mortalidad, que alcanza el 50 por ciento en un cuarto de siglo: la tasa bruta de mortalidad (TBM) descendió del 19,25 por mil en 1941 a 9,87 por mil en 1965. Todo lleva a creer que la introducción de los antibióticos en la década del cuarenta fue lo que aceleró, de hecho, la disminución de la mortalidad en el Brasil.

Si en 1941 la TBM era de 19,25 por mil en las capitales, tiene que haber sido bastante más alta en el interior, de manera que se debe admitir que para el país, considerado como un todo, debe haber estado próxima al nivel estimado para comienzos del siglo (esto es, cerca del 24 por mil). De consiguiente, la hipótesis más probable es que la mortalidad en el Brasil comenzó a disminuir en forma acelerada y sin solución de continuidad a partir de 1930 ó 1940. Hasta 1930, el impacto de la inmigración del exterior, tanto directo sobre el crecimiento de la población como indirecto sobre la natalidad (sin duda substancial, dado al hecho de que la mayor parte de los inmigrantes vinieron al país en edad de reproducirse), debe haber sido más significativo que el aumento del crecimiento vegetativo causado por la disminución de la mortalidad. El año 1930 puede ser tomado como una fecha límite que marca dos épocas en cuanto a la dinámica de la población brasileña: la primera, marcada por la inmigración extranjera y la segunda, por el crecimiento vegetativo y por las migraciones internas. Una tercera época parece estarse delineando, caracterizada por la baja de las tasas de crecimiento vegetativo debida a la disminución de la fecundidad, más rápida que la de la mortalidad.

Durante la época anterior a 1930, una gran parte de la población vivía en una economía de subsistencia, fuera de la economía de mercado y sólo ligada débilmente a dicho proceso. Esta población crecía tanto vegetativamente como por inmigración. Buena parte de los inmigrantes europeos, por ejemplo, que durante el siglo XIX y comienzos del actual formó "colonias" en los tres estados del Sur (Paraná, Santa Catarina y Rio Grande do Sul) se integraron en la economía de subsistencia. Una

parte de los esclavos liberados hizo lo mismo. Las actividades dirigidas hacia el mercado, por otro lado, requerían volúmenes apreciables de mano de obra a corto plazo y en determinados puntos del territorio. Hasta 1850, estas necesidades eran satisfechas, en gran parte, mediante la importación de esclavos de África. De 1850 a 1888, periodo en que cesó el tráfico negrero pero en que se mantuvo la esclavitud, el comercio interno de esclavos asumió ese papel. Así, por ejemplo, la transferencia masiva de esclavos del Nordeste hacia el Centro-Sur tornó posible la rápida expansión del cultivo del café en las provincias de Río de Janeiro, Sao Paulo y Minas Gerais. A partir de los años ochenta del siglo pasado, el agotamiento del *stock* de esclavos (que tendía a disminuir debido a la libertad de muchos y también, presumiblemente, porque las condiciones del cautiverio tendían a producir una mortalidad mayor que la fecundidad) llevó a los hacendados del café a organizar la inmigración subsidiaria de trabajadores europeos para los cafetales. Desde la abolición, la inmigración europea se transformó en la principal fuente de mano de obra para el cultivo del café.

Se observa entonces que, aunque la población en economía de subsistencia estuviera aumentando, no proporcionaba una “oferta ilimitada de fuerzas de trabajo” a las actividades volcadas al mercado. En realidad, la población en la economía de subsistencia respondía en forma positiva a los requerimientos del mercado, sobre todo cuando podía hacerlo sin desplazarse desde donde se encontraba ubicada. El “hambre del algodón”, desencadenada por la Guerra de Secesión norteamericana, indujo a los agricultores del Agreste nordestino a cultivar la fibra, del que resultó un “ciclo algodonero” que duró cerca de una década. No obstante, dada la ausencia de un mercado nacional de trabajo, la población en economía de subsistencia normalmente no producía antes de 1930 flujos migratorios en respuesta a las necesidades de la economía de mercado. Es verdad que el ciclo del caucho atrajo, entre 1870 y 1920, un flujo migratorio del Nordeste hacia el Amazonas, pero es preciso recordar que el Amazonas se encontraba en el camino de una lenta expansión pobladora que, partiendo del litoral bahiano y pernambucano, fue ocupando, desde los tiempos coloniales, el denominado Medio Nordeste: Piauí, Maranhão y la zona bragantina del Pará. Además, las sequías extraordinariamente severas de los años setenta del siglo pasado desorganizaron la economía del “sertão” (área semi-árida) nordestino y actuaron como causas propulsoras del movimiento migratorio hacia el Amazonas. De esta manera, hubo, en las últimas décadas del siglo XIX, movimientos migratorios del Nordeste hacia el Sur de Bahía, donde se desarrollaba el cultivo del cacao, igualmente originados por las sequías. Pero, el volumen de población así desplazada fue insuficiente para satisfacer lo que en esa época era, lejos, la actividad económica más significativa: el cultivo del café. Hay buenas razones para creer que el *tamaño* de la población en una economía de subsistencia era demasiado pequeño para proveer una

oferta adecuada de fuerza de trabajo en la economía de mercado. En 1890, la región Sur-Este, compuesta por los estados donde se cultivaba el café, tenía 6,1 millones de habitantes, o sea, el 42,6 por ciento de la población del país, mientras que el Nordeste, el área más importante de subsistencia, tenía 6 millones de habitantes, esto es, el 41,9 por ciento de la población brasileña. La expansión del cultivo del café, y alguna industrialización, hizo que la población del Sur-Este más que se doblara en los 30 años siguientes alcanzando 13,7 millones en 1920 (44,6 por ciento de la población total), mientras que la población del Nordeste aumentó a 11,2 millones en el mismo período. Considerando que en este período la agro-industria del azúcar se estancó en el Nordeste, pero que el cultivo del algodón y la industria de hilados y tejidos se expandieron en esa área, parece claro que esa región no disponía, en ese período, de un excedente de población capaz de alimentar flujos migratorios suficientes para satisfacer las necesidades de mano de obra del cultivo del café en Sao Paulo y sus alrededores.

La situación se altera considerablemente desde 1930. La población en economía de subsistencia ya es considerablemente mayor, como resultado de la aceleración del crecimiento vegetativo, de la inmigración anterior pero, sobre todo, de la incorporación a este tipo de economía de poblaciones que antes estaban adscritas a la economía de mercado. Basta recordar nuevamente el estancamiento de la agro-industria azucarera del Nordeste, después de 1900 y el término del ciclo del caucho, a partir de 1912, que llevaron a la decadencia no sólo a las actividades mencionadas sino a otras (agricultura volcada hacia el abastecimiento urbano, transporte, almacenamiento, comercio, finanzas) que dependían de demandas derivadas de las primeras. A todo esto es necesario señalar el impacto sufrido por las actividades dirigidas al mercado externo (sobre todo el cultivo del café) a causa de las crisis de los años treinta, que ocasionó el abandono de muchas haciendas, obligando a sus moradores a volcarse a la economía de subsistencia.

Cuando, después de 1935, la industria y, estimuladas por ella, otras actividades orientadas hacia el mercado comienzan nuevamente a crecer, se abre un ciclo de migraciones internas que, durante un largo período, "resuelven" el problema de la mano de obra en las áreas donde el desarrollo económico se concentra. Si el impulso inicial de estos desplazamientos de población puede haber sido la "acumulación" de gente en la economía de subsistencia, no cabe duda, como se vio antes, de que estos desplazamientos sólo pudieron ser mantenidos por más de tres décadas, porque el crecimiento vegetativo de la población se aceleró considerablemente.

Esta visión de las interrelaciones entre economía y población puede sorprender, a primera vista, dada la imagen estereotipada del "exceso crónico" de fuerza de trabajo en todos los países subdesarrollados. Pero este "exceso" está constituido, sobre todo, por la población en la econo-

mía de subsistencia, a la cual se atribuye una productividad extremadamente baja. No se duda que su productividad física es reducida, puesto que trabajan con métodos primitivos y anacrónicos. Pero también es necesario señalar que los precios que ella recibe por el excedente alimenticio vendido a la economía de mercado, son igualmente reducidos, pues corresponden a costos muy bajos de reproducción de la fuerza de trabajo. El trabajador de la economía de subsistencia produce la mayor parte de su sustento directamente. Vende su excedente de producción sólo para poder adquirir algunos artículos "urbanos", tales como kerosene, fósforos, tabaco y una que otra prenda de vestir. Su padrón de vida es increíblemente bajo, lo que le permite satisfacer sus necesidades con poco dinero. En el fondo, la baja productividad del productor en la economía de subsistencia es el fruto de su pobreza: produce poco y vende sus excedentes a bajo precio, que corresponde a su modesto nivel de exigencias.

Desde el punto de vista de la economía capitalista, cuya expansión produjo el desarrollo, la baja productividad de la agricultura de subsistencia no constituyó un obstáculo, por lo menos en la medida en que ella abastece a la economía urbana a precios bajos. Hasta hace muy poco tiempo, los alimentos básicos consumidos en las ciudades (el arroz, los frejoles, la harina de yuca, el maíz, buena parte de la carne) provenían de la agricultura de subsistencia. Su módico precio permitía mantener en un nivel bajo los salarios urbanos, lo que debe haber incrementado las ganancias y, en determinadas circunstancias, puede haber intensificado la acumulación del capital.

La dinámica de la población que caracteriza al Brasil después de 1930 (fuerte crecimiento vegetativo y amplia migración interna) torna entonces posible un tipo de desarrollo basado en un mercado urbano relativamente reducido y que se apoya en amplios recursos naturales y en la extrema pobreza de la población rural. Si fuese otra la dinámica de la población, el país habríase enfrentado con dos alternativas básicas: o se industrializaría con una concomitante "modernización" de la agricultura (como se hiciera en los Estados Unidos a comienzos de este siglo) o vería sofocado el impulso para el desarrollo, sea por falta de mano de obra en las ciudades o por incapacidad de asegurar el abastecimiento de las mismas. Sería ocioso discutir cuál de las dos alternativas habría sido la más probable. Lo que interesa es que la dinámica de la población permitió^{1/} que el país tomase un camino más "fácil", por lo menos desde el punto de vista de la estructura social vigente, que se pueda adaptar con menos problemas al proceso de desarrollo.

^{1/} Es necesario dejar constancia de que la dinámica de la población abrió la posibilidad a este tipo de desarrollo, pero no fue el factor que lo desencadenó. Para encontrar los factores que lo determinaron sería necesario investigar la historia sociopolítica del país y su integración a la economía mundial.

No hay duda también de que el tipo de desarrollo que se fundamenta en la "oferta ilimitada de fuerza de trabajo" de la economía de subsistencia está comenzando a agotarse. La población rural brasileña, que en su mayor parte aún está en economía de subsistencia, creció en 1,63 por ciento entre 1950 y 1960 y solamente en un 0,65 por ciento entre 1960 y 1970. Ella representaba en 1970 sólo el 44 por ciento del total de la población. La reserva de mano de obra, constituida por la economía de subsistencia, se está aproximando al agotamiento por tres motivos: a) el excedente alimenticio producido por la economía de subsistencia ya no basta para cubrir el consumo urbano; la agricultura capitalista se estableció inicialmente en algunas ramas laterales, como la avicultura, horticultura y fruticultura, productos consumidos por las clases de mayor poder adquisitivo y que no eran producidos por la agricultura de subsistencia, lo que permitía cobrar por ellos precios remunerativos; el fuerte crecimiento de la demanda por los productos básicos (carne, arroz, frejoles, mandioca) está abriendo el camino a la penetración del capitalismo también en estas ramas, lo que significa que la "modernización" de la agricultura brasileña, aunque atrasada, está en marcha, integrando a la economía de mercado buena parte de la población que estaba en la economía de subsistencia; b) el crecimiento vegetativo de la población en economía de subsistencia está disminuyendo, por la baja de la fecundidad, que tiende ahora a ser cada vez más rápida. No existen datos precisos que permitan fundamentar esta interpretación, pero Thomas Merrick (*Interregional Differences in Fertility in Brazil, 1950-1970*, cuaderno 16, CEBRAP, Sao Paulo, 1973), verificó que la tasa bruta de natalidad entre 1940-1950 y 1960-1970 bajó el 7,7 por ciento en el Brasil, comprobándose también bajas significativas en regiones de gran población en economía de subsistencia, como Minas-Espírito Santo (-10,7 por ciento), Santa Catarina y Rio Grande do Sul (-12,7 por ciento) y también en los Estados del Nordeste (-4,8 por ciento); c) los grandes movimientos migratorios interregionales están disminuyendo. De acuerdo con T. Merrick (*op.cit.*), el porcentaje de emigrantes con relación a la población base entre 1950-1960 y 1960-1970 bajó del 12,9 al 4,8 por ciento en el Nordeste y del 11,1 al 6,8 por ciento en Bahía y Sergipe. Sólo aumentó en Minas y Espírito Santo del 6,3 al 13,3 por ciento. Existen buenas razones para que se crea que los flujos del campo a la ciudad no han disminuido, sino que, por el contrario, se mantienen y refuerzan *dentro* de cada región, lo que se verifica por el rápido crecimiento de las ciudades en las regiones menos desarrolladas del país.

Sucede que la acumulación del capital en el Brasil todavía presupone una oferta "elástica" de fuerza de trabajo. Ella se basa en expectativas de obtención de lucro alto, derivada de la combinación de una alta productividad del trabajo con bajos salarios. La introducción de la técnica industrial moderna hizo posible el adiestramiento en masa de una mano

de obra que, por ser abundante, continuaba barata (a falta de una adecuada legislación laboral y organización sindical). El pequeño número de trabajadores calificados que son muy solicitados, justifica el pago de salarios, mucho más altos que los de la gran mayoría de los semicalificados. Los límites de la acumulación, en estas circunstancias, están dados por las necesidades (crecientes) de consumo de la reducida *élite* que se apropia del excedente y no por las de la mayoría de la población.

En otras palabras: el problema de la acumulación consiste, sobre todo, en la organización de un sistema de incentivos que induzca a sectores de alta renta a ahorrar una parte mayor de la misma. La imposición, por parte del Estado, de formas de ahorro forzado y la importación masiva de capital extranjero tienden a ampliar algo aquellos límites.

Los cambios que ya están ocurriendo en la dinámica de la población brasileña tienden a volver impracticable este tipo de desarrollo en un plazo mediano. Por primera vez, en forma generalizada, hay síntomas de escasez de mano de obra en *todos* los niveles de calificación. Se puede prever que los cambios estructurales citados más arriba, deberán hacer que tales síntomas vuelvan a resurgir con frecuencia cada vez mayor en el futuro. Proyecciones de nuestra población indican que la tasa de crecimiento anual podrá bajar del 2,9 por ciento en 1970 al 2 por ciento en el año 2000. La tasa de ocupación de los hombres en el Brasil ha bajado del 92,3 por ciento en 1940 al 73,8 por ciento en 1970 y no fue compensada con el aumento de las mujeres, quienes, después de bajar del 34 por ciento en 1940 al 26,3 por ciento en 1950, subió sólo al 31,9 por ciento en 1970. Aunque se puede prever que la tasa de ocupación femenina siga subiendo, es dudoso que vaya a compensar en el futuro la baja de la tasa de ocupación masculina, pues el período de permanencia de los hombres en la fuerza de trabajo deberá continuar en descenso. De ahí hay que concluir que la oferta de fuerza de trabajo deberá crecer a tasas aún menores que las de la población en general. Es verdad que la disminución de la fecundidad deberá alterar la estructura por edades de la población, elevando la proporción de los que están en edad de trabajar. La proporción entre 15 y 64 años, que era del 55 por ciento en 1970, fue proyectada a 63 por ciento para el año 2000. Es posible que este aumento compense algo la baja previsible de la tasa masculina de ocupación, pero aun así, la fuerza de trabajo en el Brasil deberá crecer en las próximas décadas a tasas substancialmente menores que las del pasado reciente.

Desde el punto de vista de la economía capitalista, en cuya dinámica reposa el actual proceso de desarrollo del país, la disponibilidad de mano de obra deberá ser limitada por las *dos* transformaciones estructurales citadas más arriba: por el rápido agotamiento del excedente de población proveniente de la economía de subsistencia y por la reposi-

ción cada vez menos ampliada^{2/} de la fuerza de trabajo que ya se encuentra integrada a ella. Aunque con el tiempo la estructura de calificación de esta fuerza de trabajo se vuelva (por el aumento de la escolaridad, etc.) cada vez más adecuada a las necesidades del capital, la reducción de su ritmo de crecimiento global colocará nuevos obstáculos a la acumulación. Es posible que los cambios en el mercado de trabajo, favorables a la oferta, vengán a propiciar un alza del valor de la fuerza de trabajo, lo que podrá situar al problema de la distribución de la renta entre capital y trabajo como el condicionante primordial del ritmo de acumulación.

2. Sociedad y población

La dinámica de la población es parte integrante del proceso de constitución y transformación de la estructura social. En el caso del Brasil, el modo cómo se constituyó la estructura social es inseparable de la forma cómo el colonizador ocupó el territorio y después lo pobló. De ahí resultó una estructura social aparentemente simple: una clase dominante de hacendados, señores de ingenios azucareros y dueños de minas, que explotaban el trabajo de los esclavos; entre señores y esclavos, una clase de hombres "libres" (pequeños propietarios, allegados, artesanos, comerciantes, arrieros) que le daba estabilidad a la estructura social al asegurar el sometimiento de los esclavos. En realidad, la estructura social era más compleja, pues también tenía en su cúspide representantes directos de la metrópoli (comerciantes, gobernantes, jefes militares, jueces, inspectores de impuesto) que constituían otro foco de poder, que muchas veces se contraponían al de los terratenientes. El conflicto se fue agudizando con el correr del tiempo y explotó en la crisis de la Independencia, cuya solución fue un compromiso: el príncipe heredero tomó la corona imperial, manteniendo un precario equilibrio entre la *élite* latifundista brasileña y el comercio portugués. Después de la renuncia del primer emperador y de los múltiples embates que caracterizaron el período de la Regencia (1831-1840), poco a poco se cristalizó un grupo hegemónico, compuesto por representantes de la clase dominante esclavista y de los intereses "urbanos" del comercio, de las finanzas y de la burocracia estatal civil y militar.^{3/} Durante el transcurso del siglo XIX esta estructura

^{2/} Reposición cada vez menos ampliada significa que debido a factores demográficos y sociales, esta fuerza de trabajo deberá crecer "vegetativamente" por tasas cada vez menores.

^{3/} Entre estos intereses urbanos no se puede olvidar los del capital extranjero, fuertemente representado en el comercio, en las finanzas y entre los concesionarios de servicios públicos. Las victorias de los nacionalistas contra el monopolio portugués de nuestro comercio no impidió que otros intereses foráneos, inicialmente el capital inglés, y más tarde el americano, ocupasen una posición destacada en la estructura del poder. Los representantes del capital extranjero constituyen una parte de la clase dominante brasileña y su influencia aumenta en la medida en que la economía y la sociedad se vuelven más capitalistas.

social sufrió aún dos cambios fundamentales: por un lado, con la abolición desapareció la clase de los esclavos que fueron sustituidos por trabajadores agrícolas, los "colonos" una mezcla de arrendatarios y asalariados, que vivían de los alimentos que producían y de artículos manufacturados que compraban a crédito en la "pulpería" de la hacienda, eran, en general, presos del hacendado por deudas y por lazos de lealtad, etc.; por otro lado, una fuerte inmigración europea abasteció no sólo una buena parte del contingente de colonos para el cultivo del café, sino también multiplicó la clase de campesinos independientes en el sur del país y la clase de los asalariados urbanos que, a fines de siglo, comienza a ganar importancia, gracias al inicio de la industrialización por la sustitución de las importaciones. De esta forma, la abolición de la esclavitud y la inmigración diversifican la estructura social. En el campo pasan a coexistir diversas categorías de trabajadores: colonos, parceleros, arrendatarios, pequeños propietarios. En la ciudad surge, al lado del artesano y del funcionario, el trabajador industrial frecuentemente inmigrado, que trajo de Europa formas características de organización y lucha de clases.

Hasta 1930, este cuadro no sufre ninguna alteración básica. Surgen, en verdad, fuertes tensiones sociales en el campo, que pueden tener, en parte, su origen en una cierta presión de la población sobre la tierra, seguramente agravada (si no es totalmente causada) por la monopolización de grandes áreas formadas por latifundios. Surgen grupos que se encuentran fuera de esa estructura social, como los "cangaceiros" (salteadores) que viven del bandidaje profesional, o turbas que siguen a líderes religiosos y que se rebelan en contra del orden establecido, provocando largas luchas en las que intervienen las fuerzas armadas, de las que son ejemplos notables la "Guerra de los Canudos" y la "Guerra del Contestado". Pero en esa misma época en que las tropas de Zapata y de Pancho Villa sacudían el dominio oligárquico en México, en el Brasil los movimientos de rebeldía campesinos quedaban territorialmente circunscritos y no llegaron a afectar la estructura de dominación.

Después de 1930, sin embargo, la estructura social comenzó a transformarse. La revolución de aquel año redujo considerablemente el poder de las oligarquías locales, fortaleciendo, al mismo tiempo, al gobierno central y sus representantes (interventores, jefes militares, delegados de policía, jueces, etc.) en los estados y aun en los municipios más urbanizados. El poder de vida y muerte que el terrateniente ejercía sobre todos los que vivían en sus tierras, fue debilitándose paulatinamente. La decadencia económica que alcanzó a la oligarquía cafetera a causa de la crisis mundial de los años treinta, también contribuyó a eso. En la alianza de intereses que ejercía el poder, los urbanos (industriales y comerciales) comenzaron a predominar sobre los de la gran propiedad organizada como "plantación", produciendo para el mercado externo.

El cambio en la relación de fuerza entre las diversas capas de la

clase dominante fue un factor importante que permitió la aceleración de las migraciones internas después de 1930. El latifundista se mostró cada vez menos capaz de retener la fuerza de trabajo dada la limitación del uso de la violencia que la nueva situación le imponía. Las migraciones internas, a su vez, en la medida en que ofrecían al trabajador del campo varias opciones, contribuían a la disolución del microcosmo social representado por cada clan de la oligarquía, sus servidores, allegados, apadrinados, etc. Aunque muchos de los emigrantes fuesen campesinos y no allegados, la compuerta abierta por las migraciones en lo que fuera antes el mundo cerrado del agro, contribuyó a acelerar la decadencia de la antigua estructura social en el campo, en la cual el latifundio "colonial" fue sustituido poco a poco por la empresa agrícola capitalista. Este proceso de sustitución todavía está en plena marcha, pero ya ha producido cambios profundos, de los que el más importante es la transformación del trabajador del campo, de colono, parcelero o pequeño arrendatario en asalariado "puro".

En 1963, la legislación del trabajo, que hasta entonces solamente se aplicaba en las ciudades, se extendió al campo. Esta medida resultó después de una intensa lucha, cuyo objetivo máximo era la reforma agraria. No queriendo asumir los encargos derivados de las relaciones de empleo, la mayoría de los propietarios agrícolas empezó a despedir a los trabajadores de las haciendas, obligándolos a irse a vivir a las ciudades, aunque continuasen como jornaleros. Al lado de otras transformaciones, parte de las cuales fueron citadas anteriormente, este cambio de las relaciones de producción marca en forma precisa la penetración del capitalismo en la agricultura brasileña. Vale la pena observar que el notable crecimiento de la migración del campo a la ciudad entre 1960 y 1970, se debe, en gran parte, a esta transformación en las relaciones de producción en el campo. Ello no contradice el descenso verificado en las migraciones interregionales, pues este tipo de movimiento migratorio se realiza a corta distancia, debido a que no causa de inmediato la separación del migrante del trabajo agrícola.

Entre 1950 y 1970, los censos demográficos revelan un notable cambio en la estructura de la fuerza de trabajo agrícola brasileño: la proporción de asalariados baja del 33,7 al 25,5 por ciento mientras que la de los trabajadores independientes aumenta del 35,7 al 53,3 por ciento. Esta evolución es paradójica, aparentemente, frente a la penetración del capitalismo en el campo. Sin embargo, no tiene nada de sorprendente, pues los jornaleros son, para todos los efectos legales y estadísticos, trabajadores "por cuenta propia". Los datos muestran la extensión de este proceso de separación del trabajador agrícola de la tierra, quien se encuentra cada vez más en la situación de un proletario "puro" que ofrece día por día su fuerza de trabajo en el mercado de trabajo.

La "urbanización" de una parte de los trabajadores agrícolas condujo

a la unificación del mercado de trabajo urbano y rural. Los recién emigrados del campo a la ciudad se quedan en la periferia de las ciudades en condiciones de vida muy precarias, disponibles a muy bajo precio para el capital invertido tanto en la agricultura como en las actividades urbanas, tal como la construcción civil. En esta forma, se constituyó un subproletariado que subsiste mediante la venta diaria de su fuerza de trabajo, sin usufructuar de las garantías de la legislación del trabajo, que constituye parte integrante del costo de reproducción de la fuerza de trabajo "normal" del proletariado urbano. Este subproletariado, en verdad, es más antiguo que las migraciones rurales "forzadas" de los años sesenta. Su existencia fue notada, hace más de 40 años, en las principales ciudades del país. La novedad es que ahora se hace presente también en muchas ciudades del interior y conserva una unión umbilical con la agricultura.

En las ciudades, la estructura social ha sufrido también transformaciones significativas, unidas de una manera u otra a la dinámica de la población. Así, la industrialización suscitó la formación de una "nueva" clase media de administradores, técnicos y oficinistas. Estos usufructúan de una posición privilegiada en el mercado de trabajo, recibiendo sueldos altos y ostentando un padrón de vida opulento, típico de la "sociedad de consumo", que contrasta con la pobreza de los demás trabajadores. La imposibilidad que tienen estos últimos de organizarse adecuadamente para la defensa de sus intereses contribuye a profundizar el desnivel.

El proletariado industrial, constituido por los asalariados del sector capitalista de la economía, ha crecido fuertemente, como resultado de la aceleración del ritmo de acumulación del capital y de la expansión de la fuerza de trabajo urbana, que resulta tanto de las migraciones internas como del crecimiento vegetativo de la población de las ciudades.

Entre 1950 y 1970, la fuerza de trabajo incorporada a actividades no agrícolas aumentó al 117 por ciento, pasando de 7,2 a 16,5 millones de personas, pero el número de asalariados en estas actividades creció un 172 por ciento en este período, pasando de 4,8 a 12,9 millones. La proporción de asalariados en la fuerza de trabajo no agrícola se elevó del 66,6 por ciento en 1950 al 78 por ciento en 1970.

Al mismo tiempo, también creció la clase que denominamos subproletariado. Esta no está sólo constituida por los jornaleros de la agricultura y de la construcción civil, sino también por el grande y creciente número de servidores domésticos y de trabajadores de ocasión: vendedores ambulantes, cargadores, lavadores de automóviles, costureras, etc. Es muy común atribuir el crecimiento de este subproletariado a fenómenos demográficos, específicamente a la alta fecundidad de las clases bajas y a la intensificación de las migraciones del campo a la ciudad. La explicación "demográfica" es claramente apologética de la estructura social vigente, pues la ve como sufriendo pasivamente el impacto de la "explosión demográfica". Es fácil demostrar, sin embargo, que la estruc-

tura social "produce" el crecimiento del subproletariado: ya fue mencionada la expulsión de los trabajadores agrícolas como negativa manifiesta y tolerada de parte de los patronos a asumir las responsabilidades y obligaciones derivadas de la aplicación de las leyes del trabajo; se puede mencionar también la abolición de la "estabilidad" en el empleo después de 1964, que facilitó la exclusión de trabajadores urbanos, por algún motivo menos aptos, que acaban por ser relegados a la condición de subproletarios. De una forma general, no existe una asistencia social eficaz que ampare a la viuda, a la madre soltera, al menor sin familia o al inmigrante recién llegado, etc. Toda esta gente depende para vivir de la solidaridad de familiares, vecinos, coterráneos, todos igualmente pobres. La rigidez de la estructura social, más que la de la falta de empleo, considerada en forma abstracta, es la causa básica de la persistencia de la pobreza, a punto de diferenciar el subproletariado del resto de la sociedad como una "masa marginalizada".

Existe la impresión generalizada de que el subproletariado está creciendo no sólo en términos absolutos (lo que es indudable) sino también relativos.

Es difícil evaluar este crecimiento por los resultados de los censos demográficos, a causa de los cambios de conceptos que hacen imposible la comparación entre ellos. Aun así, se pueden recoger indicaciones que confirman que el subproletariado está creciendo más rápidamente que la fuerza de trabajo urbana como un todo. Así, mientras ésta aumentaba 117 por ciento entre 1950 y 1970, como se vio anteriormente, el número de personas ocupadas en servicios domésticos remunerados aumentó al 160 por ciento, pasando del 673,6 por mil en 1950 al 1 748,1 por mil en 1970; el número de los que ejercían el comercio ambulante y feriantes también aumentó un 160 por ciento, pasando del 128,7 por mil en 1950 al 334,4 por mil en 1970. Estas categorías constituían el 11,1 por ciento de la fuerza de trabajo no agrícola en 1950 y el 12,7 por ciento en 1970. Pero lo que más debe haber aumentado es el desempleo, que se puede evaluar, en parte, por la proporción de hombres adultos económicamente inactivos. En 1950, el 5,4 por ciento de los hombres de 20 a 59 años estaban en esta condición. En 1970, este porcentaje subió al 7,8 por ciento.

Surge ahora la interrogante: ¿qué efectos tendrá sobre la estructura social la reducción previsible del crecimiento vegetativo de la población, el agotamiento próximo de la población en la economía de subsistencia y la disminución consiguiente de los flujos migratorios oriundos de esta población? Para los adeptos a la interpretación "demográfica" de la desigualdad social, las modificaciones de la dinámica de la población, aquí anticipadas, sólo pueden tener por consecuencia una integración creciente del subproletariado a la clase trabajadora "normal" y de una reducción del desnivel entre ésta y las demás clases, sobre todo la clase media. Inclusive se prevé que el aumento de la escolaridad deberá eliminar

las ventajas que la “nueva” clase media disfruta en el mercado de trabajo, ya que el rápido crecimiento de oferta de fuerza de trabajo con elevada escolaridad deberá rebajar su precio.

Estas previsiones dejan, sin embargo, algo que desear. Es necesario *indicar, inicialmente*, que la sensible reducción del salario mínimo real, durante los últimos diez años, y la fuerte represión a los movimientos reivindicatorios de la clase obrera han reducido la diferencia de ingresos entre las capas menos calificadas del proletariado “normal” y la clase del subproletariado. De este modo, la esperada integración del subproletariado a la economía capitalista puede, en determinadas circunstancias, significar una nivelación por abajo, en que la gran masa de trabajadores semicalificados y no calificados continúe en un patrón de vida próximo al nivel de subsistencia. El progreso, en este caso, será insignificante aunque el nivel de vida incluya (por la fuerza de las necesidades del capital) alguna escolaridad, un mínimo de asistencia a la salud y de condiciones de higiene. Dado que el costo de reproducción del trabajador tiende a aumentar, en el capitalismo moderno, vale la pena gastar más en su preservación. Eso, no obstante tiene poco que ver con la participación real de la gran masa de trabajadores en los beneficios del desarrollo económico.

También, la idea de que la elevación del nivel de escolaridad deberá reducir los desniveles salariales, debe sufrir reparos. Es muy posible que la entrada en el mercado de trabajo de un número mucho mayor de egresados de las universidades venga a disminuir algo el salario de los recién formados, lo que será un pequeño consuelo para los semicalificados, que nada obtendrán con eso. Lo que es dudoso es que las ganancias de los gerentes y otros responsables por las empresas, que en las grandes compañías (sociedades anónimas) prácticamente fijan sus propios ingresos, sea de alguna manera afectado por el aumento de la oferta de fuerza de trabajo con una elevada escolaridad. Para que eso se diese, sería necesario que la clase obrera *pudiese organizarse* y actuar colectivamente en el mercado de trabajo. En este caso, aumentos significativos en gastos con los trabajadores en la línea de producción, obligarían a las empresas a limitar sus gastos fijos de administración y, por lo tanto, el nivel de remuneración de sus directores.

De una manera general, alteraciones en la dinámica de la población difícilmente pueden acarrear, por sí solas, cambios significativos en la estructura social. *La pobreza de la gran mayoría* de los trabajadores no se origina en su número ni en su tasa de crecimiento sino del hecho de que sus intereses, en cuanto a clase, pesan muy poco en las decisiones que orientan la vida social y económica del país. En cuanto la alineación política de la gran masa no sea superada, las transformaciones de la estructura social tenderán a mantener, bajo formas diferentes, el mismo patrón de desigualdad. Los datos referentes a la década 1960-1970 dan una *ilustración preciosa* del pequeño alcance social de los cambios en la

dinámica de la población. Durante ese período, la tasa de crecimiento vegetativo de la población decreció, las migraciones interregionales disminuyeron y el empleo, sobre todo en la industria, aumentó notablemente. En cuanto a este último aspecto, cabe hacer notar que el empleo urbano en el Brasil aumentó de 10,49 millones de personas (que constituían el 14,8 por ciento de toda la población) en 1960 a 16,47 millones (que constituían el 17,7 por ciento de toda la población) en 1970. Pues bien, a pesar de estos cambios "favorables", tanto en el panorama demográfico como en el mercado de trabajo, el grado de desigualdad *aumentó* como lo atestiguan los datos de la distribución de la renta. Así, la participación del 60 por ciento de los más pobres en la renta personal cayó del 25,4 por ciento en 1960 al 20,8 por ciento en 1970, mientras que en el mismo período, la participación de los 5 por ciento más ricos subió del 27,7 por ciento al 34,9 por ciento. (Langoni, C.G., *Distribución de la Renta y Desarrollo Económico en el Brasil*, Ed. Expressao e Cultura, Río, 1973).

El análisis de la evolución de la estructura de la distribución de la renta en el Brasil entre 1960 y 1970 revela bien lo que se llama más arriba la "nivelación por abajo": durante esta década la renta media aumentó un 36,9 por ciento; la del 5 por ciento de la población, que son los más ricos, aumentó un 75,4 por ciento, al paso que la del 40 por ciento formado por los más pobres aumentó un 18,3 por ciento y la del 20 por ciento intermedio aumentó sólo un 7,7 por ciento. Resulta que este 20 por ciento intermedio son los que poseen renta media próxima al salario mínimo. Esto significa que en un período de intenso desarrollo en el Brasil, las capas con rentas inferiores al salario mínimo, gran parte de las cuales pertenecen a lo que se llamó subproletariado, tuvieron una mejoría algo mayor que la de las capas peor remuneradas del proletariado urbano. De este modo, se redujo la desigualdad entre las capas pobres del campo y de la ciudad en una auténtica nivelación hacia abajo, al mismo tiempo que se agrandó el abismo entre estas capas y la minoría privilegiada.

Dada esta correlación negativa entre tendencias demográficas de la caída del ritmo de crecimiento y el aumento de la igualdad económica y social, no sería lícito suponer que la probable continuidad de la declinación del crecimiento de la población venga a traer, por sí misma, cualquier cambio en la tendencia a la acentuación de la desigualdad. Con todo, la expectativa de lo contrario, esto es, que la caída del crecimiento de la población venga a generar mayor desigualdad, tampoco se justifica. En verdad, las transformaciones en la dinámica de la población crean solamente condiciones de posibilidad de cambios significativos en la estructura social. Todo depende de si las masas trabajadoras supieran aprovechar las condiciones creadas por su escasez relativa para promover sus intereses no sólo a corto, sino también a largo plazo.